8°

Oración Fúnebre

del Excmo. Sr.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo

por el M. Iltre. Sr.

Dr. D. Rafael González Merchant, Pbro.

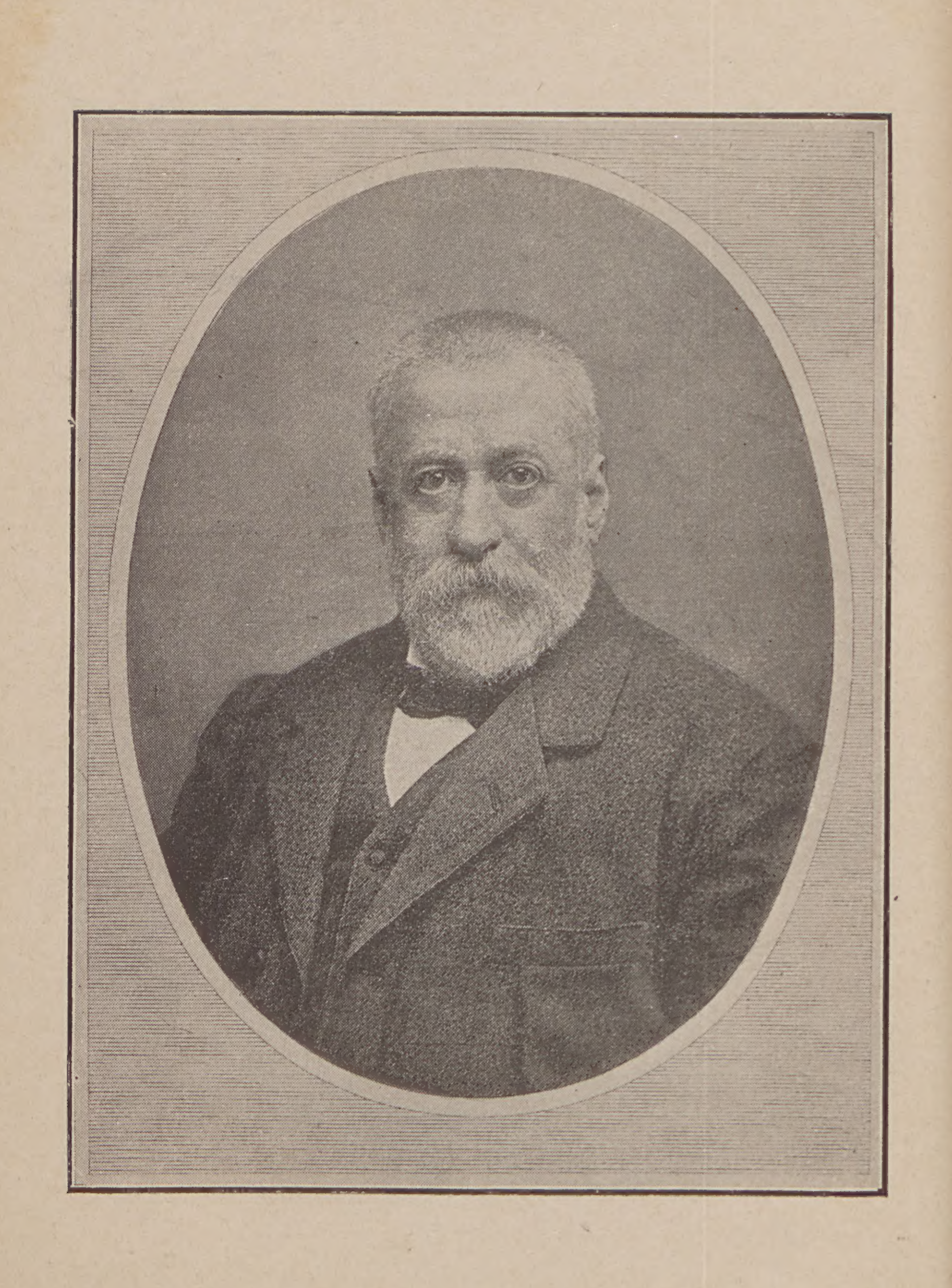
Canónigo de esta S. M. y P. Iglesia.

Sevilla, 1912

Izquierdo y Compañía



ORACIÓN FÚNEBRE



ORACIÓN FÚNEBRE

EN HONOR DEL

Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo

PREDICADA POR

el M. Iltre. Sr. Dr. D. Rafael González Merchant, Pbro.

Canónigo de la S. M. y P. Iglesia de Sevilla

EN EL SOLEMNE FUNERAL

CELEBRADO EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN VICENTE

POR ACUERDO DE LA

Real Academia Hispalense de Buenas Letras

EL DÍA 5 DE JUNIO DE 1912

A. M. D. G.

SEVILLA

IMP. Y LIBRERÍA DE IZQUIERDO Y COMP.ª

FRANCOS, 54

Serve bone et fidelis.
Siervo bueno y fiel.
(MATH. XXV, 21.)

Emmo. y Rvmo. Sr.

Señores Excmos.

Real Academia Hispalense de Buenas Letras.

Hermanos en Cristo.

SIERVO bueno y fiel llama el Maestro divino, en la expresiva parábola de los talentos, al que, poniendo al servicio de las causas santas, las facultades y aptitudes que del *Supremo Dador de todo don perfecto* hubiere recibido, les hace producir con su laboriosidad y diligencia centuplicados y ubérrimos frutos para mayor gloria de Dios y de los hombres.

Pues bien, la muerte implacable que allanando con humillante igualdad palacios y chozas, al decir del Poeta, se hace pagar de todos el abrumador tributo del pecado—*stipendia peccati mors*—en frase de S. Pablo, acaba de

abrir una vez más ese hondo abismo de lo que pasó, en donde tranquila y serena como mensajera de la eternidad, cerrados los oidos á los ayes y lamentos del dolor, y con el corazón seco que no logran ablandar las lágrimas, va sepultando sin miramientos hombres y cosas, hacinando en su fondo en informe montón coronas de reyes, palmas de héroes y laureles de sabios. En él acaba de caer al certero golpe de su segur un hombre más. Pero esperemos, señores, que con él no haya muerto todo lo suyo; su sepulcro será el pedestal de su gloria, de la gloria de su inmortalidad histórica; que no está en la potestad de la muerte borrar el profundo y luminoso surco que con su prodigiosa laboriosidad ha dejado abierto ese hombre extraordinario que acaba de morir, con su inteligencia privilegiada puesta al servicio de los dos grandes amores de su corazón, el amor santo de la Patria y el amor sagrado de la fe, acicate y poderoso estímulo de sus preclaras y singularísimas facultades, con las que tanta gloria ha dado a España y a la Iglesia.

Que esta es, señores, la gloria del grande, del insigne, del incomparable D. Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya muerte lloramos, y con nosotros el mundo entero, y nunca lloraremos bastante; porque, maestro insustituible, su pérdida es irreparable. Nos queda, sin embargo, el fruto riquísimo de su labor de gigante, porque como el *siervo bueno y fiel* de la parábola, negoció y multiplicó los talentos que recibió del cielo, fundiendo en un solo foco la luz de su poderosa inteligencia con la luz divina de la fe, y con el que, puesto sobre el candelabro, como manda el Evangelio, auyenta las tinieblas de todos los errores, robustece y estimula con el inmenso prestigio de su ejemplo a las almas tibias y cobardes, glorifica a España e ilumina al mundo.

Por eso, Señores Académicos, al venir hoy por vuestra designación, tan honrosa para mí cuanto inmerecida, a rendir en vuestro nombre el debido homenaje y justísimo tributo de la admiración de nuestra Real Academia al esclarecido y por tantos títulos preeminente académico que acaba de perder, creo que interpreto fielmente vuestros sentimientos, del todo conformes con las tradiciones católicas de esta Real Academia Hispalense de Buenas Letras, depositando sobre esa tumba, apenas cerrada aún, en que esperan en paz el gran día de la resurrección los mortales despojos del gran Maestro de nuestra época, no la corona de flores y talco de la poesía y de la ciencia humanas, que esa se marchita, se empolva y se aja, sino la corona de oro puro de la fe, cuyo brillo divino jamás se empaña y oscurece; que si el inconmensurable Menéndez Pelayo fué literato y poeta, polígrafo y bibliófilo, filósofo y teólogo, y todo en grado eminentísimo, fué ante todo y sobre todo eminentísimo católico. Honra y gloria de las artes y de las ciencias, de España y del mundo; pero sobre todo, honra y gloria de la Iglesia y de la Religión. Un genio, en fin, extraordinario; pero antes que eso y sobre eso, un genio providencial; de esos que Dios en su gran misericordia envía de tiempo en tiempo y con intermitencias divinamente calculadas al mundo, según las necesidades de éste en cada época, como alardes divinos de todo lo que en su infinita bondad sabe, y puede, y quiere hacer en su favor.

El siervo bueno y fiel del Evangelio—*serve bone et fidelis*—; fidelísimo cooperador de los designios de Dios en nuestra época; sapientísimo negociador de los talentos recibidos. He aquí, señores, lo que es principalmente nuestro muerto. Por eso, lo repito, no todo ha muerto con él. Vive aún, y vivirá siempre su recuerdo, que jamás se

borrará de la memoria de los hombres—*non recedet memoria ejus a progenie in progenies—;* porque en sus escritos y en sus ejemplos vivirá y brillará eternamente su gloria:—*non recedet laus ejus de ore hominum.*

Vosotros, Señores Académicos, celebraréis en su lugar y a su tiempo sus glorias de sabio; permitidme que yo hoy en el templo y ante su tumba coronada por la Cruz, celebre sus glorias de católico.

Tiene, señores, cada época de la Historia su carácter peculiar por el que se distingue de las otras; y con su carácter especial, sus especiales necesidades, a las que siempre Dios en su altísima y misericordiosa Providencia ofrece el remedio necesario y oportuno, suscitando en medio de los hombres al que podríamos llamar *el hombre providencial de cada siglo,* que enriquecido por Él con las dotes y facultades convenientes, sea el faro que ilumine al mundo y el espejo en que se miren sus contemporáneos para su bien y perfección; que propio es de su sabiduría infinita disponerlo todo con suavidad y peso, medida y número, en frase de la Escritura. *Disponens omnia suaviter.*

Y no es nuestra desdichada época una excepción de esta regla general.

A poco, en efecto, que se observe y estudie, descúbrese en nuestros días, como carácter dominante y nota distintiva de los tiempos, una rebelión universal de todas las artes y de todas las ciencias subalternas y auxiliares, que con su reina, la filosofía, a la cabeza, levántanse,

tremolando la simpática bandera de la civilización y del progreso, como formidable ejército de revolucionarios en tumultuosa huelga, contra la verdad divina de la fe católica, a la que declaran incompatible con su progreso y perfección, haciéndola de esta suerte aborrecible y odiosa hasta el punto que apenas hay ya entre nosotros quien no se avergüence de la fe, disimulando hipócritamente sus creencias, para no incurrir en el desagrado del siglo, y atraer sobre su cabeza los anatemas de la impiedad contemporánea. De aquí, señores, esas apostasías, más o menos sinceras, y defección general de la fe en nuestra época. De aquí los brutales radicalismos de unos, la apatía y glacial indiferencia de muchos y la cobardía neurótica de todos en la confesión pública y oficial, por decirlo así, de esa misma fe.

Tal es, señores, el carácter peculiar de la época presente; espíritu de rebelión universal contra todo lo que es superior, contra toda autoridad en todo orden, y por el solo hecho de serlo; que no otra cosa es, si lo miráis bien, lo mismo que en el orden político y social, lo que en el orden intelectual y moral se llama *el modernismo*, que podríamos definir: las pasiones y los instintos, las artes y las ciencias en huelga de gigantes contra el Evangelio. Y es claro, señores: nacida la ciencia moderna de los turbios manantiales del Protestantismo y del Filosofismo, y saturada del espíritu revolucionario del libre examen y de la Enciclopedia, roto el freno de la fe católica, ha tenido que venir a parar al Modernismo, funesto eclecticismo de errores, que, como torrente desbordado sin cauce y sin orillas, arrastra entre sus cenagosas y sucias ondas a todas las artes y a todas las ciencias, manchadas con el lodo de sus impurezas.

Pues bien; en este cuadro de horrores, que hoy se

ofrece con evidencia aterradora a nuestros ojos, y sobre este fondo negro, tan negro, de nuestra sociedad, quiso Dios en su Providencia poner la noble figura del gran artista y del gran sabio, del incomparable maestro Menéndez Pelayo, que guiado por la luz de su privilegiada inteligencia y sostenido por su voluntad firme y laboriosa, enamorado de la belleza y de la verdad, las busca pacientemente, como el buscador de perlas del Evangelio, en sus mismos orígenes históricos; y catalogándolos en el archivo de su memoria prodigiosa, y purificándolos en el crisol de su talento singular, y comparándolos entre sí y refiriéndolos á su origen divino con su severa crítica y con la claridad y seguridad de su juicio, ofrece a los ojos del mundo moderno, atónito al contemplar labor tan gigantesca, esa belleza y esa verdad, limpias ya de la herrumbre de los siglos, y brillantes y resplandecientes con el brillo y resplandor divinos de la belleza y de la verdad eternas, que Dios mismo con la fe irradia sobre ellas.

Sí, señores, nada escapa a la mirada lúcida y penetrante de este coloso del saber. Erudito inagotable, poeta exquisito, historiador iluminado, crítico justísimo y pensador profundo, él ha recogido, ordenado y purificado todos los elementos verdaderamente civilizadores dispersos en la Historia, y transfigurándolos con la luz de su gran genio iluminado a su vez por la fe, ha opuesto a este eclecticismo funesto del *Modernismo* artístico y científico de nuestros días, el eclecticismo glorioso de su saber universal. Universal, sí: las más remotas generaciones le revelan los secretos de su civilización; la Historia le descubre sus más tortuosos y oscuros caminos; la Filosofía sus extravíos y sus aciertos; la Teología sus luminosos misterios de oscuridad y sus oscuros misterios de luz. Y evocados por el conjuro de su mágica palabra los papiros y

los jeroglíficos, los archivos y las bibliotecas, los poetas y los filósofos, los hombres y los siglos, en fin, desde las páginas de sus innumerables y maravillosos trabajos de crítica y de historia de las artes y de las ciencias, en que los ha recopilado, hablan al mundo como si estuvieran vivos, rindiendo grandioso y universal homenaje de adoración a la luz radiante de la fe, luz inaccesible en que, según el testimonio de S. Pablo, habita el Dios de la luz, de la belleza y de la ciencia. — *Dominus scientiarum.* Que si gloriosa es la ciencia de Menéndez Pelayo por su extensión prodigiosa, más gloriosa es todavía por su cristiana orientación.

Lo hemos dicho: D. Marcelino Menéndez y Pelayo no es sólo un gran sabio universal; es sobre todo un sabio español; y como genuinamente español, eminentemente católico. Es el genio providencial de nuestro siglo, como le llamábamos al principio. La más pura y legítima gloria de España y de la Iglesia en nuestros días. El *serve bone et fidelis* de la parábola evangélica, que supo poner sus extraordinarios talentos y preciosas facultades al servicio de su patria y de su fe.

No era, en efecto, no podía ser la ciencia del insigne Maestro esa ciencia fría, egoista y estéril de nuestros tiempos, sin otro ideal ni otros fines que una vana curiosidad, o un afán insano de singularidad y de fama, si no el móvil menguado y rastrero del lucro material y provecho propio. Nó: un corazón tan chico y tan mezquino, incapaz de ideales y de afectos más levantados y más nobles hubiera desentonado en el armónico conjunto de las privilegiadas facultades del Maestro; no hubiera correspondido a la excelsitud de su preclara y excepcional inteligencia. Nó, las obras de Dios son perfectas; y a aquel talento eminente correspondía en el reparto misterioso de los

dones divinos, un corazón, si de niño por la sencillez y la modestia (que es, señores, achaque de los verdaderos sabios), tan grande y tan ancho como las playas del mar, según la frase bíblica, como santuario de los dos amores más grandes y más santos: el amor de la Religión y el amor de la Patria.

Y en verdad: nacido en Santander, era D. Marcelino español de pura cepa. Y ¡ah! señores, quien dice buen español, dice buen católico; porque no ama a España quien no ama sus tradiciones gloriosas: y no ama a la España de las gloriosas tradiciones quien no ama a la fe de Jesucristo, a la que España debe toda su gloria e histórica grandeza. Señores, yo no creo, no puedo creer en el españolismo de nuestros modernos anticlericales, enemigos hipócritas (porque no tienen siquiera el valor de la franqueza) de Cristo, de su Iglesia y de su fe. Creo sí en el españolismo de buena ley del gran D. Marcelino, porque lo veo unido a su catolicismo acendrado, tan ardiente y decidido que D. Juan Valera, como lamentándolo y vulgarizándose llegó a llamar *intransigente,* y D. Alejandro Pidal y Mon ha llamado *catolicismo a lo español, esto es, a macha-martillo.* ¿Cómo pues, podrá extrañarnos que orientara y dirigiera con especial predilección sus investigaciones de erudito y sus trabajos de sabio a descubrir y aquilatar las valiosas pepitas de oro de fe que arrastra el río caudaloso de nuestra poesía y literatura clásicas, como acreditan sus muchas obras de este género? ¿Ni cómo sorprendernos que esculpida con el fino cincel de su genio brote de sus manos la España de sus amores, la España tradicional, tal y como él la vió y es en realidad, eminentemente católica, tan espléndida y gloriosa, que el mismo D. Juan Valera antes citado, se vió obligado a decir que *antes de él nos ignorábamos?*

Vedlo, señores, desenterrar afanoso y sacudir el polvo a los monumentos del arte y de la ciencia española, tan calumniados como desconocidos, haciendo surgir de ellos en todo el esplendor de su civilización y cultura eminentemente cristiana el espíritu genuinamente español. Y es que Menéndez Pelayo creyó siempre en España, no obstante la decadencia espantosa e innegable de la España actual, tan propicia a todos los pesimismos. Su amor a España vivifica, como soplo creador, el árido polvo de sus eruditas investigaciones, y por delante de la España moderna, al conjuro de la voz elocuente del Maestro, han desfilado los poetas y prosistas de todas sus regiones y de todas sus épocas, sus eminentes filósofos Raymundo Lullio, Suarez, Vives, Pereira y Valencia, infundiendo en su alma la fe en sus destinos, e invitándole a resucitar de sus cenizas y levantarse de su actual postración, tan grande y tan gloriosa como ellos la hicieron. ¿Y qué es, señores, toda esta labor benedictina de Menéndez Pelayo sino un himno de gloria que su amor patrio canta a la España católica de áureos tiempos, cuanto más católica, más grande y más gloriosa?

¡Ah! y que nadie se atreva a discutirlo; que si Perojo, y Revilla, y algún otro, por ese pesimismo cursi a la moderna que llega a negar la vitalidad de España, haciendo de comparsas en el coro de sus enemigos que desde las naciones más poderosas de Europa la calumnian y desprecian, declarándola ya moribunda y sin derecho a vivir; si alguno, repito, se atreve a tanto, Menéndez Pelayo sostendrá contra todos en célebres polémicas, como hijo amante que sale a la defensa de su madre, los inmensos servicios prestados por la ciencia genuinamente española a la causa del saber, del progreso y de la civilización. ¿Cómo pues, podrán ya admirarnos los entusiasmos con

que acomete la obra colosal de defender a la España católica, de todas las calumnias, y a la fe católica, vida de España, de todos los errores, atisbando con mirada vigilante, señalando como centinela fidelísimo del alcázar de la verdad católica la proximidad del enemigo mal encubierto en los funestos precursores aquí en España de la filosofía kantiana, desenmascarándolos, y esgrimiendo, en fin, contra los heterodoxos españoles las templadas armas de su bien surtido arsenal, como valiente soldado de Cristo?

¡Oh, sí! Era necesario: había que decir con valor a la España moderna que la verdadera España no es la España anticlerical del Liberalismo en todos sus matices, sino la España de la Inquisición, baluarte de su fe, que quemando la escoria de los errores, purificó el oro de la verdad. Había que decirle que lejos de ser, como hoy se dice, incompatible la fe con las artes y las ciencias, con el progreso y la civilización, es por el contrario su raiz y su alimento. Había que decírselo; y Dios envió a España a Menéndez Pelayo para decírselo. Y el *siervo bueno y fiel* ha cumplido su misión; que lo que había que decir a nuestra España, a saber: que la fe no estorba a la ciencia, el insigne Maestro se lo ha dicho con sus obras, y aun en sí mismo, como armonía viva de la ciencia con la fe, *síntesis sublime,* en frase de uno de sus muchos admiradores extranjeros, *en que se reune la ciencia más alta y la fe más inquebrantable.*

Y no se crea por esto, señores, que la ciencia católica de Menéndez Pelayo sea la ciencia asustadiza de esos católicos encogidos y tétricos que, encerrados en un solo libro, se escandalizan de todo lo que no se halle escrito en él. Nó: la verdadera ciencia católica de Menéndez Pelayo tiene la libertad del águila que se remonta segura hasta

las espléndidas regiones de la luz. Y su genio con su fuerza robustecida por la fe rompe los moldes del convencionalismo científico, y sublime ecléctico de la verdad, recoge como sabia e industriosa abeja la esencia de todas las flores del saber, y labra con ellas la miel riquísima de su filosofía cristiana, que sabe a todo como el *maná*, y que él nos sirve en los cincelados vasos de oro de sus libros. Señores, observadlo: la idea filosófica que campea en todas sus obras, sin los exclusivismos clasicistas de Gaumme, sin los exagerados recelos de Donoso, sin los escolásticos rigorismos del P. Zeferino, es suya, muy suya; y aunque *sabe* a Aristóteles y a Santo Tomás, a Vives y a Balmes, no es ninguno de ellos: Menéndez Pelayo es... él, y sólo él.

Sí, su filosofía netamente católica se amolda perfectamente y corresponde con inflexible lógica a su sistema. Para él las fuentes originales de la ciencia humana y de la civilización son el clasicismo antiguo y el escolasticismo, pero unidos en el Renacimiento purificado por la Inquisición, lo que con frase felicísima llamó Letamendi: *La Grecia en gracia de Dios.* «Desde que empieza la Edad moderna, para Menéndez Pelayo, dice el propio Sr. Valera, repetidamente citado ya, todo progreso artístico, científico y social para España es obra del Renacimiento depurado por la Inquisición»: que con sus hogueras alimentadas por la fe, y *sólo temibles*, en frase de Pidal, *para herejes vulgares y malos clérigos, para brujas y sodomitas,* ahuyentó de España a los emisarios de la Reforma, desvaneció las sombras de sus bárbaros errores, detuvo el vandálico empuje de las hordas de sus secuaces, consolidó la gloriosa Monarquía española, purificó su fe tradicional, impulsó el progreso de las artes y de las ciencias, y salvó, en fin, a nuestra Patria de una invasión de ideas funestísimas, mil veces más temible y desvastadora que la de los bárbaros del Norte.

Finalmente, señores, Menéndez y Pelayo como *siervo bueno y fiel* ha cumplido su misión providencial hasta el fin. Había, en efecto, que decir a la España moderna que, lejos de haber conflictos entre la ciencia y la fe, la fe es, por el contrario, el secreto de la verdadera grandeza y perfección de los pueblos; y vosotros acabáis de ver cómo Menéndez y Pelayo se lo ha dicho. Pero había también que estimularle con ejemplos a confesar públicamente esa fe, de la que hoy, por desgracia, tantos han llegado a avergonzarse, que si *corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem,* que dijo el Apóstol.

Temería molestaros demasiado: pero siquiera brevísimamente me permitiréis, señores, que os diga ahora cómo el *siervo bueno y fiel* de nuestra época ha cumplido también esta otra parte de su providencial misión.

Por doloroso que sea hay que confesarlo: vivimos en un siglo de cobardes. Este efecto, señores, ha sido tanto más inevitable, cuanto que al paso que hoy todo son denuestos, insultos y desprecios para la fe, la ciencia impía adornada con el oropel de sus teorías flamantes y deslumbradoras, e imponiéndose con el dogmático aplomo ficticio y ridículo de sus radicales y definitivas negaciones, ha arrastrado en pos de sí, al grito mágico de libertad, a los hombres y a los pueblos. Y vedlo: ya los pueblos que no tratan a la Iglesia con groseras descortesías, como Francia y Portugal, o por lo menos con entera indiferencia sin cuidarse de ella más que si no existiera, se consideran desairados, y en su propio concepto indignos de entrar en

el concierto de las naciones civilizadas; y se habla hoy constantemente de la necesidad de *europeizarlos*. Y saturada de este espíritu de indiferencia y aun de incredulidad e impiedad moderna la atmósfera en que flotan tan deletéreos miasmas, como en días de epidemia, y que respira nuestra sociedad ¿qué podía esperarse sino el repugnante espectáculo que estamos presenciando, de tantos hombres que, aun haciendo traición a su conciencia, se declaran pública y oficialmente enemigos más ó menos radicales de la Iglesia, por temor a las burlas insensatas y groseros dicterios de la impiedad, y aterrados y amilanados ante la estúpida sonrisa de cualquier anticlerical de baja estofa? ¡Católicos vergonzantes y cobardes que no se atreven a dar la cara por su fe, y confesarla paladinamente ante los que osados la desprecian, la discuten y la niegan! ¡Y son tantos, que éstos son hoy la regla general; y su cobardía es el carácter dominante y la nota distintiva de nuestra época! Como que en el lenguaje del siglo, católico y retrógrado son sinónimos; decir *neo*, como hoy se nos llama con desprecio, vale hoy tanto como decir hombre ignorante y servil. Y se nos insulta, se nos desprecia, se nos aisla, se nos atropella... ¡Oh, señores, vosotros véis que no exagero!

La causa, pues, de la fe reclamaba entre nosotros un paladín esforzado que, además de defenderla en el orden científico de los errores sin número que empañan su brillo divino, demostrando su estrecha alianza con la razón humana para el verdadero progreso y civilización, y descubriéndola a los ojos de todos en el fondo de las obras monumentales del humano ingenio como primer elemento de verdadera cultura, inspiración, vida y alimento de las artes y de las ciencias en sus más espléndidas manifestaciones, enseñara también y estimulara con su ejemplo a

estos católicos cobardes, verdadera plaga de nuestra sociedad, a dar testimonio solemne de esa fe tan calumniada y perseguida, y a confesarla públicamente, sin arrogancias intempestivas y ridículas, sí; pero con nobleza, y por lo que a nosotros toca, con energía y dignidad netamente españolas.

Y ¡ah señores! desde este punto de vista la figura del gran Menéndez Pelayo es colosal..

Muy joven aún, insistentemente provocado a hablar en un banquete que gente liberal celebraba en honor de Calderón (¡qué sarcasmo!) en su centenario, en donde se exponían ideas y se vertían conceptos que lastimaban sus creencias, creyendo que había llegado el caso de dar solemne testimonio de su fe, levantóse, y en medio de la general estupefacción que produjeron sus palabras, la confesó con tal claridad y energía, que, corridos los liberalescos comensales que tan torpemente habían provocado la valiente profesión de fe de aquel joven, a falta de mejores argumentos, la acogieron con murmullos, que más que sus convicciones liberales atacadas y victoriosamente refutadas, revelaban a las claras su soberbio despecho por la oportuna y dura lección de fe y de urbanidad que se les había propinado. Confesión pública y solemne de sus profundas y arraigadas creencias católicas que Menéndez y Pelayo ha hecho con nobilísima y ejemplar dignidad y valentía siempre que la ocasión lo reclamaba, como en su célebre campaña desde las columnas de *La España Católica*.

Porque no bastaba a sus honradas y profundas convicciones manifestarse en todas las páginas de sus admirables escritos, en los que, aun a través de su carácter fragmentario, se ve claramente el vínculo común que los une, y que no es otro que su amor entusiasta por la fe de Cristo;

amor que solicita con fuerza irresistible a sus poderosas facultades puestas incondicionalmente a su servicio, y que le hace perseguir en todos sus trabajos, como fin supremo, en el que se reunen y concentran todos sus esfuerzos parciales y aislados en cada uno de los ramos en que ejercita su prodigiosa actividad, la apología científica de la civilización cristiana. Nó, no bastaba esto al gran D. Marcelino; su fe le exigía más, porque lo exige la mísera condición de nuestros tiempos; y eminente católico de libros, fué también eminente católico de palabra y de acción.

Con la serenidad y majestad augusta de la verdad sostiene ante unos krausistas la supremacía de la filosofía escolástica y cristiana de los eminentes filósofos españoles. Un día se habla ante él en casa de un opulento banquero israelita de la expulsión de los judíos condenándola, y él defiende, sin preocuparse gran cosa del banquero judío, el tan odiado y discutido Decreto. Asiste en otra ocasión a un Círculo liberal, y allí toma a su cargo la defensa de la Inquisición, sembrando el horror y el pánico en las filas de sus filantrópicos y altruistas oyentes. Y si en sesión memorable de las Cortes de 1884 la sugestiva y tribunicia elocuencia de Castelar asestaba, con general aplauso del vulgo, rudos golpes al dogma católico y a la Iglesia, Menéndez Pelayo, casi un niño aún, niega valientemente el pretendido derecho del error y del mal, que él recaba solo para la verdad y para el bien; y señala con precisión pasmosa los precedentes funestos en España y desastrosos efectos de la secularización de la enseñanza; y califica enérgicamente de *inmenso latrocinio* la desamortización; y afirma que no hay ni puede haber conflictos entre la ciencia y la fe (y es claro, señores; allí estaba él mismo demostrándolo mejor que su discurso). ¡Oh! ¡Esforzado soldado de Cristo siempre en la brecha contra la impiedad

y la herejía! ¡Paladín invencible de la Iglesia siempre pronto a la defensa de su doctrina y de sus sacratísimos derechos!

Esto es, señores, Menéndez y Pelayo como católico práctico. Y es que él sabe que sus preclaras dotes son de Dios, y a Dios las devuelve como el *siervo bueno y fiel,* centuplicadas y avaloradas con el lucro de su fructuosa negociación. Ha traido al mundo moderno, y especialmente a España, la misión providencial de deshacer el equívoco impío de la fe—rémora del progreso científico, de la Iglesia—oscurantista y retrógrada, del *neo,* en fin, servil e ignorante; y después de dejar deshecho y pulverizado tan grosero error moderno en sus escritos, en su conducta, cuando ya nadie podrá racionalmente formular el absurdo entimema de la ciencia impía: «*Católico; luego ignorante y atrasado*» el gran Maestro pone todo el prestigio inmenso de su palabra y de su nombre al servicio de la santa causa de la gloria de Dios y edificación de sus hermanos, de la verdad católica y de los derechos de la Iglesia. Y el gran sabio católico que en el Prólogo de la más grande de sus obras, su *Historia de los heterodoxos,* que él llama «la triste historia del error en España» pide a Dios humildemente luz para su entendimiento y firmeza para su voluntad, a fin de que la tal historia *sirva de edificación y de provecho y no de escándalo al pueblo cristiano,* figura siempre en primera línea allí donde se trata de rendir culto a la verdad católica, ó se necesita defender los derechos e intereses de la Iglesia comprometidos.

Cuantos mensajes de protesta se han elevado en sus días a los altos Poderes reclamando contra los sectarios atropellos que se han intentado, han ido avalorados con la firma del insigne Maestro. El fué quien en memorable carta al Sr. Obispo de Madrid, leida y escuchada con pro-

funda veneración en el mitin contra las escuelas laicas, alzóse contra el afrancesado engendro *por deber de conciencia,* dice él mismo en ella, *no sólo religiosa, sino social y científica,* calificándole de *mutilación del entendimiento humano y extirpación brutal de los gérmenes de verdad y de vida que laten en el fondo de toda alma para que la educación los fecunde.* No faltaron quienes en su afán de rebajar y deprimir todo lo católico tuvieron la pedantesca osadía de decir, con motivo de la celebración del centenario de nuestro Balmes, que éste no había traido a la civilización española ninguna nueva idea; y Menéndez Pelayo herido en su corazón de fervoroso católico y español entusiasta, les sale al encuentro diciéndoles en su maravilloso Discurso, y demostrando al mundo entero todo lo que valía y significaba el incomparable filósofo catalán. Y si se cita a las fuerzas católicas de España a un gran Congreso, primero de una serie, celebrado en Madrid, allí está Menéndez Pelayo destacando con su prodigiosa palabra sobre el espléndido cuadro de la civilización cristiana en el siglo XIII la simpática y arrogante figura de nuestro San Fernando; y más tarde en Sevilla orlando con los rayos brillantes de su genio la purísima frente de la Inmaculada en el 50.° aniversario de la definición dogmática de este misterio; y por último, porque no acabaríamos, inundando con los torrentes de luz de su pasmosa erudición los clásicos *autos sacramentales* en el reciente Congreso Eucarístico Español, como amoroso homenaje de adoración al Dios de la Eucaristía, y último tributo de su fe vivísima y práctica al Autor mismo de ella, que ha sido, como se ha dicho muy bien, *una especie de viático de su elocuencia.*

Sí, señores, la vida entera de este católico ejemplar

se desliza entre dos cruces: la cruz con que empezó sus brillantísimas oposiciones, y la cruz en que imprimió su último ósculo en el momento de morir, y que se llevó con su cadáver al sepulcro.

Descansa, pues, ya, de tu ruda labor, *siervo bueno y fiel,* y *entra en el gozo de tu Señor* a recibir de El el premio debido a tus combates y trabajos por su gloria:—*intra in gaudium Domini tui.*

Y nosotros, señores, al apartarnos ahora del borde de esa fosa en que dejamos descansando en la paz del Señor al *siervo fiel,* al dejar caer sobre sus mortales despojos el piadoso *requiescant in pace* de la Iglesia, llevémonos el recuerdo de sus ejemplos grabado muy dentro del alma, para trabajar como él con fervoroso entusiasmo por nuestra fe y por nuestra España, y merecer como él, no tanto la corona de gloria de lo humano, que con la muerte muere pronto, cuanto la corona de gloria de la fe y de las virtudes que con la muerte vive para siempre.

AMÉN.